

ESTUDIO BÍBLICO

CARTA A LOS ROMANOS. — N.º 8.

POR EL ÉLDER E. J. WAGGONER.

Solo un motivo debe impulsar las mentes de quienes estudian la palabra de Dios, y es que por este estudio puedan acercarse más a Dios. Dios no hace acepción de personas. Él dará su Espíritu Santo a cualquiera y a todos los que lo pidan. Está tan dispuesto a hacer claras las verdades de la Biblia para uno como para otro. Paz y luz pueden entrar en sus corazones por lo que se dice desde el púlpito; pero si no conocen la palabra por sí mismos, esa paz y luz no permanecerán con ustedes. El Espíritu Santo habló las palabras de la Biblia; y solo con la ayuda del Espíritu Santo puede entenderse. Cualquier persona que se someta al Espíritu Santo, puede entender la Biblia por sí misma.

Solo hay una verdadera ayuda para la Biblia: el Espíritu de Dios. Si obtienen sus ideas sobre Cristo y su obra de los escritos de otros hombres, lo obtienen de segunda mano en el mejor de los casos. Obtengan su luz directamente de la Biblia. Aprendan la Biblia de la Biblia misma. Cuando nuestras mentes son iluminadas por el Espíritu Santo, aunque la palabra parecerá sencilla, al mismo tiempo tendrá alturas y profundidades que nos llenarán de asombro. Toda la eternidad se pasará estudiando el plan de salvación y cuanto más estudiemos, más encontraremos para estudiar.

Anoche nuestro estudio nos llevó al final del quinto versículo del capítulo quinto. Comenzaremos esta noche en el sexto.

«Porque cuando aún éramos sin fuerza, a su debido tiempo Cristo murió por los impíos.» Fíjense en las palabras *sin fuerza*. Hubo un tiempo fijado en la historia del mundo cuando Cristo fue ofrecido en la cruz del Calvario. Pero ese no fue el único momento en que Cristo fue provechoso para los impíos. ¿Quiénes son los impíos? Son aquellos que están *sin fuerza*. La familia humana ha estado sin fuerza desde la caída, y hoy están sin fuerza. Cuando los hombres se encuentran

sin fuerza, Cristo debe ser levantado, y él dice que atraerá a todos los hombres a sí mismo. Así que podemos mirar a Jesús como un Salvador crucificado y resucitado hoy, tanto como podían los discípulos.

A veces pensamos que nosotros miramos hacia atrás a Cristo, y que los patriarcas y profetas miraron hacia adelante a Él. ¿Es así? Nosotros miramos a Cristo y ellos también lo hicieron. Nosotros miramos a Cristo, un Redentor amoroso a nuestro lado, y ellos también lo hicieron. Dijo Moisés a los hijos de Israel: «No está en el cielo, para que digas: ¿Quién subirá por nosotros al cielo, y nos lo traerá, para que lo oigamos y lo cumplamos? . . . Sino que la palabra está muy cerca de ti, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas.» La Palabra, que era Cristo el Redentor, estaba cerca de ellos; y él está cerca de nosotros.

Todos ellos bebieron de aquella Roca espiritual que los seguía, y aquella Roca era Cristo. Los israelitas no necesitaban mirar hacia el futuro para ver a Cristo. Él estaba cerca de ellos. Él fue el Cordero inmolado desde la fundación del mundo. Él es y siempre ha sido un Salvador presente para todos los que así lo hicieron. Fue un Salvador presente para Abel. «Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín.» *¿Por la fe* en qué? —En el Hijo de Dios, porque no había nadie más en quien tener fe. Así fue que Enoc caminó con Cristo por la fe. Él no miró más allá a algún tiempo futuro en busca de la ayuda del Redentor. Cristo fue para él un Salvador presente, y caminaron juntos.

Así, en cada era del mundo, cuando los hombres se han sentido *sin fuerza*, entonces Cristo ha sido un Salvador para ellos. Fíjense cuán claras son las palabras: «Cuando aún éramos sin fuerza, a su debido tiempo Cristo murió por los impíos.» Abel estaba sin fuerza, y Cristo murió por él. Enoc estaba sin fuerza, y Cristo murió por él. Abraham y Sara estaban sin fuerza, y Cristo murió por ellos. Su muerte fue una realidad para todos ellos. ¡Cuán extraordinariamente poderoso fue Cristo para Abraham! Ese Cristo, el Mesías aún no venido y que había de venir a través de Abraham, ese mismo Mesías fue tan poderoso que la fe en él produjo el hijo para Abraham y Sara, para que él pudiera venir a través de ese hijo. En cada período de la historia de la tierra, Cristo ha sido un Salvador presente para aquellos que estaban *sin fuerza*.

«Porque apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno.» La palabra en el original que significa «justo», es una palabra diferente de la que se traduce «bueno». La palabra justo aquí significa un hombre que es estrictamente honesto y recto, pero que no tiene nada peculiarmente amable en él. Apenas por tal persona morirá alguien. Pero por un hombre «bueno», uno que es amable y benévolo, que daría todo lo que tiene para alimentar a los pobres y vestir a los desnudos, por un hombre de esta clase algunos incluso se atreverían a morir. Este es el punto más alto al que llega el amor humano. «Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos.» (Juan 15:13) Pero fíjense en el amor de Dios. «Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.» Demasiado a menudo medimos a Dios y su amor por nosotros mismos y nuestro amor. El Señor a través de David dijo: «Pensaste que yo era enteramente como tú.» El corazón irregenerado trata como es tratado, y juzga a Dios por sí mismo, pero el amor de Dios es completamente diferente del amor humano; él ama a sus enemigos.

¡Cuán maravilloso e incomparable es el amor de Dios, y en qué gran medida se mostró ese amor por la muerte de su amado Hijo! ¿Qué había hecho el mundo para merecer la bondad de la mano de Dios? Se había unido a los enemigos de Dios; nada más que castigo era merecido. Algunos dicen que no pueden aceptar a Cristo porque no son dignos. Personas que han sido cristianos profesos durante años se privarán de las riquezas de la gracia de Dios porque dicen: «*No soy digno*». Eso es cierto. No son dignos. Ninguno de nosotros es digno. Pero Dios mostró su amor para con nosotros en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. ¿Por qué murió? —Para hacernos dignos; para hacernos completos en él. El problema con aquellos que dicen que no son dignos, es que no se sienten lo suficientemente indignos. Si se sintieran *sin fuerza*, entonces el poder de Cristo podría serles provechoso. Todo el secreto de la justificación por la fe, y la vida y la paz en Cristo, reside en creer la Biblia. Una cosa es decir que creemos la Biblia, y otra cosa es tomar cada palabra en ella como si nos fuera dicha por la boca de Dios individualmente.

En 1 Timoteo 1:15 Pablo dice: «Esta es palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores.» (1 Timoteo 1:15) Eso es exactamente para lo que vino: para salvar a los pecadores. «Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.» ¡Oh, que los hombres se dieran cuenta de que están *sin fuerza*! Cuando alcanzan ese punto, entonces pueden tener la fuerza de Cristo. Esa es la fuerza que vale algo; lo vale todo.

Es algo grande creer que Cristo murió por los impíos. A veces nos sentimos casi desanimados, los cielos parecen de bronce sobre nuestras cabezas, y todo lo que hacemos o decimos parece volver a nosotros como si no valiera nada. Pensamos que nuestras oraciones no ascienden más allá de nuestras cabezas. ¿Qué harán en ese momento? Deben dar gracias a Dios. «*¿Agradecerle por qué? No tengo ninguna bendición; no siento que sea su hijo en absoluto; ¿por qué le daré gracias?*» —Denle gracias porque Cristo murió por los impíos. Si no significa mucho para ustedes la primera vez que repiten las palabras, repítanlas de nuevo. Entonces la luz pronto vendrá. Sienten que son uno de los impíos; entonces la promesa es suya de que Cristo ha muerto por ustedes. Están allí ante él de rodillas porque son pecadores, por lo que pueden tener el beneficio de su muerte. ¿Cuál es el beneficio de esa muerte? «Mucho más, pues, habiendo sido ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira.» «Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida.» Muchos actúan y hablan como si Cristo estuviera muerto e irremediabilmente muerto. Sí, murió; pero resucitó, y vive para siempre. Cristo no está en el sepulcro nuevo de José. Tenemos un Salvador resucitado. ¿Qué hace la muerte de Cristo por nosotros? —Nos reconcilia con Dios. Es la muerte de Cristo la que nos acerca a Dios. Él murió, el justo por los injustos, para acercarnos a Dios. ¡Ahora fíjense! Es la muerte de Cristo la que nos acerca a Dios; ¿qué es lo que nos mantiene allí? —Es la vida de Cristo. Somos salvos por su vida. Ahora mantengan estas palabras en sus mentes: *Estando reconciliados, seremos salvos por su vida.*

¿Por qué fue dada la vida de Cristo? «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.» (Juan 3:16) Entonces Cristo dio su vida para que nosotros tuviéramos vida. ¿Dónde está esa vida? ¿Qué es esa vida? ¿Y dónde podemos obtenerla? En Juan 1:4 leemos: «En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.» (Juan 1:4) Solo él tiene vida, y da esa vida a cuantos la acepten. Juan 17:2. Entonces Cristo tiene la vida, y es el único que la tiene, y está dispuesto a dárnosla. Ahora, ¿qué es esa vida? Versículo 3: «Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.» (Juan 17:3) ¿Tiene vida eterna una persona que conoce a Cristo? Eso es lo que dice la palabra de Dios.

De nuevo dice en Juan 3:36: «El que cree en el Hijo tiene vida eterna.» (Juan 3:36) Estas son las palabras del Señor Jesucristo. ¿Cómo sabemos que tenemos esta vida? Esta es una pregunta importante. «Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, porque amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte. Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y vosotros sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él.»

Dice uno: «*Sabemos que obtendremos la vida eterna con el tiempo*». Sí, eso es cierto, pero es mejor que eso; la obtenemos ahora. Esto no es una mera teoría, es la palabra de Dios. Permítanme ilustrar: Aquí hay dos hombres —hermanos—, en apariencia son iguales. Pero uno es cristiano y el otro no. Ahora, el que es cristiano, aunque no hay nada en su apariencia externa que lo indique, tiene una vida que el otro no tiene. Ha pasado de la muerte —el estado en el que está el otro— a la vida. Tiene algo que el otro no tiene, y ese algo es la vida eterna. Las palabras: «Ningún homicida tiene vida eterna permanente en él», no significarían nada si nadie más tuviera vida eterna permanente en él.

1 Juan 5:10: «El que cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios le ha hecho mentiroso, porque no ha creído el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo.» (1 Juan 5:10) Dios no puede mentir, y así, cuando decimos que las palabras de Dios no son así, nos hacemos mentirosos a

nosotros mismos. Ahora, según esta escritura, hacemos mentiroso a Dios si no creemos el testimonio que Dios dio de su Hijo. ¿Qué, entonces, debemos creer para librarnos de esa acusación —de no creer este testimonio y así hacer mentiroso a Dios? El siguiente versículo lo explica: «Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo.» (1 Juan 5:11)

Algunas personas temen que esta idea de justificación por la fe y vida eterna aparte a los hombres de los mandamientos. Pero nadie más que el que es justificado por la fe —el que tiene la vida de Cristo— guarda los mandamientos; porque Dios dice que somos justificados por la fe, y si decimos que no lo somos, entonces hacemos mentiroso a Dios —damos falso testimonio contra él, y quebrantamos el mandamiento. En el versículo que acabamos de citar se nos dice qué debemos creer para ser librados de la acusación de hacer mentiroso a Dios. Debemos creer que Dios nos ha dado vida eterna en Cristo. Mientras tengamos al Hijo de Dios, tenemos vida eterna. Por nuestra fe en la palabra de Dios, traemos a Cristo a nuestros corazones. ¿Es un Cristo muerto? No; él vive y no puede ser separado de su vida. Entonces, cuando Cristo entra en nuestros corazones, obtenemos vida allí. Él trae esa vida a nuestros corazones cuando viene. Cuán agradecidos debemos estar a Dios por esto.

Cuando Jesús fue a Betania, le dijo a Marta: «Yo soy la resurrección y la vida.» Ya hemos leído acerca de pasar de muerte a vida; ¿cómo se logra eso? Solo por una resurrección. En Cristo tenemos una resurrección a una nueva vida. Fíjense en lo siguiente:

Pablo ora para conocerlo a él, y el *poder de su resurrección*. ¿Cuál es el poder de esa resurrección? En Efesios 2:4, 5, 6 y 7 leemos: «Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos).» (Efesios 2:4-5) Fíjense, él ha hecho esto, y él «nos resucitó y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús.» (Efesios 2:6) Estábamos muertos, somos vivificados, y somos resucitados para sentarnos en lugares celestiales con Cristo Jesús. Debemos tener, y podemos tener la vida de Cristo hoy, porque cuando él venga, cambiará nuestros cuerpos viles por el mismo poder por el cual ha

cambiado nuestros corazones. El corazón debe ser cambiado ahora. No puede ser cambiado excepto por la vida de Cristo que entra y permanece en él. Pero cuando Cristo está en el corazón, podemos vivir la vida de Cristo, y entonces, cuando él venga, la gloria será revelada. Él fue Cristo cuando estuvo aquí en la tierra, aunque no tuvo un séquito de ángeles y gloria visible a su alrededor. Él fue Cristo cuando fue el hombre de dolores. Luego, cuando ascendió, la gloria fue revelada. Así con nosotros. Cristo debe morar en nuestros corazones ahora, y cuando venga y cambie estos cuerpos, entonces la gloria será revelada.

Cristo dio su vida por nosotros. Juan 10:10, 11. Dio todo lo que era. ¿Qué fue eso? Su vida. La dio por nuestros pecados. Gálatas 1:3, 4. Seremos salvos por su vida. Es la vida de Cristo obrando en nosotros lo que nos libra de los pecados de este presente mundo malo. Esto es una transacción comercial. Él dio su vida por nuestros pecados. Entonces, ¿a quién dio su vida? A aquellos que tenían los pecados que dar a cambio. ¿Tienen algún pecado? Si los tienen, pueden cambiarlos por la vida de Cristo.

En Hebreos 5:2 aprendemos que la obra del sumo sacerdote debía ser de compasión. Es por eso que los hombres que llevaban el nombre de sacerdotes cuando el Salvador estuvo aquí en la tierra, no eran realmente sacerdotes. No tenían compasión. Eran hombres malvados y codiciosos. Uno pasó por el otro lado del hombre que había caído al borde del camino, a quien los ladrones habían despojado. Cristo tuvo compasión: «Por tanto, debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo.»

¿Qué se logra por la compasión de Cristo? Se nos da fuerza. ¿Qué beneficio tiene para nosotros la compasión de Cristo? Él sabe la fuerza que necesitamos. Él sabe lo que necesitamos, cuándo lo necesitamos y cómo lo necesitamos. Así que la obra de Cristo como sacerdote es para una cosa: librarnos del pecado. ¿Cuál es el poder del sacerdocio de Cristo? Él es hecho sacerdote «no conforme a la ley de un mandamiento carnal, sino según el poder de una vida indisoluble.» Ese es el poder por el cual Cristo nos libra a usted y a mí del pecado este día, y esta hora, y cada momento en que creemos en él.

Cristo era inmortal antes de venir a la tierra. Él era Dios. ¿Cuál es el atributo esencial de la divinidad? La vida. Si Cristo era inmortal, y por lo tanto tenía vida, ¿cómo pudo morir? No lo sé. Eso es un misterio, pero estoy tan contento de que uno que tenía una vida que no podía ser tocada por nada, y que tuvo éxito en resistir los ataques del enemigo, muriera por nosotros. Tan poderoso era que pudo poner su vida y volver a tomarla. ¿Por qué nadie podía quitarle la vida a Cristo? Porque era sin pecado, y si alguna vez hubiera habido otro hombre en la tierra que viviera sin pecado, él tampoco podría morir. Pero nunca hubo sino uno que pisó esta tierra, que fue perfectamente sin pecado, y ese fue Jesucristo de Nazaret. Nadie podía quitarle la vida a Cristo. Los impíos no tenían poder para matarlo. Él puso su vida. Si no hubiera elegido hacerlo, nadie se la habría quitado.

Dios le levantó, «suelos los lazos de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella.» Era imposible que la muerte retuviera a Cristo. Él tenía poder en su vida que desafió a la muerte. Puso su vida, y tomó la muerte sobre sí mismo, para mostrar su poder sobre la muerte. Desafió a la muerte, entró directamente en los reinos de la muerte —el sepulcro— para mostrar que tenía poder sobre ella. Cristo puso su vida; y cuando llegó el momento de hacerlo, la tomó de nuevo. ¿Por qué la muerte no pudo retenerlo? —Porque era sin pecado. El pecado había agotado toda su fuerza en él, y no lo había dañado en lo más mínimo. No había dejado ni una sola mancha en su carácter. La suya fue una vida sin pecado, y por lo tanto el sepulcro no podía tener poder sobre él. Es esa misma vida la que tenemos cuando creemos en el Hijo de Dios. Hay *victoria en ese pensamiento*. Podemos tenerla creyendo en el Hijo de Dios. Entreguen sus pecados al Señor y tomen esa vida sin pecado en su lugar. Él ha dado esa vida por ellos, ¿y por qué no aceptar el precio que ha sido pagado? No quieren los pecados, y la vida será tan preciosa para ustedes. Llenará sus corazones de gozo y alegría. Somos reconciliados por su sangre, ahora seamos salvos por su vida.

La vida de Cristo es poder divino. En el tiempo de la tentación la victoria se gana de antemano. Cuando Cristo mora en nosotros, somos justificados por la fe, y tenemos su vida morando en nosotros. Pero en esa vida él obtuvo la victoria

sobre todo pecado, así que la victoria es nuestra antes de que llegue la tentación. Cuando Satanás viene con su tentación, no tiene poder, porque tenemos la vida de Cristo, y eso en nosotros lo aleja cada vez. ¡Oh, la gloria del pensamiento, que hay vida en Cristo, y que podemos tenerla!

El justo vivirá por la fe, porque Cristo vive en ellos. «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.» (Gálatas 2:20) Sí, estamos crucificados con Cristo; pero ¿está Cristo muerto? —No, ha resucitado de nuevo; entonces nosotros hemos resucitado con él. Pero estamos en la carne. Eso es cierto; pero en la carne puede haber la vida divina que estaba en Cristo cuando él estaba en la carne.

No podemos entender estas cosas. Son el misterio del evangelio. El misterio de Cristo manifestado en la carne. Todo lo que el Cielo hace por el hombre, es un misterio. Una vez hubo una pobre mujer, afligida con un flujo de sangre. En una densa multitud tocó el borde del manto del Maestro. Dijo Cristo: «Yo sentí que una virtud ha salido de mí.» Ahora bien, esa mujer tenía una *verdadera enfermedad*, y cuando tocó el borde de su manto, fue *verdaderamente sanada* de ella. ¿Qué la sanó? Hubo un *poder real* que salió de Jesús y entró en ella y la sanó.

Estos milagros fueron escritos para nosotros. ¿Por qué fueron escritos? «Para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre.» (Juan 20:31) La misma vida y poder que salió de Cristo y sanó el cuerpo de esa mujer, salió para sanar su alma: Jesús está listo y dispuesto a hacer lo mismo hoy. Estas cosas fueron puestas en registro para que sepamos que el mismo poder y vida divinos que entraron en los cuerpos de los hombres para sanarlos, entran en el alma de aquellos que creen. Podemos llevar esa misma vida a nuestras almas para resistir las tentaciones del enemigo.

Solo hay una vida que puede resistir el pecado, y esa es una *vida sin pecado*, y la única *vida sin pecado* es la vida del Hijo de Dios. Cuántos de nosotros hemos estado esforzándonos por hacernos sin pecado. Ha sido un *juego perdido*. Pero

podemos tener la vida de Cristo, y esa es una vida sin pecado. Gracias sean dadas a Dios por este don inefable.